

Ni lunas, ni estrellas. Mujeres que fueron reinas. A propósito de una colección de biografías de reinas de Portugal

Nor Moons, neither Stars. Some Women who Were Queens.
About a Collection of Biographies of Queens of Portugal

Ana Maria S. A. RODRIGUES, Manuela Santos SILVA e Isabel dos Guimarães SÁ
(coords.) *Rainhas de Portugal*, [Lisboa], Círculo de Leitores - Temas e Debates,
2011-2014, 18 vols.

La publicación en Portugal a lo largo de los últimos cuatro años de una colección de obras dedicadas a las reinas consortes de Portugal es una buena noticia para las personas interesadas en el tema. Constituye un reto editorial por lo que supone de compromiso a largo plazo con el proyecto anunciado, pero también responde a la percepción de un interés creciente no solo del público aficionado a temas históricos, sino de la propia comunidad científica, por un tema con muchas caras que cuanta ya con un importante respaldo historiográfico. Es más, casi podría decirse que las reinas son un tema de moda y que, favorecido por el renacer de los estudios biográficos, pero también por las investigaciones sobre la corte y aquellas otras que se centran en los componentes socioculturales que se generan en su entorno, ha irrumpido con fuerza tanto dentro como fuera del mundo académico. Se trata de personajes históricos que cuentan, por lo general, con buenas bases documentales sobre las que rescatar unas vidas sujetas a un doble denominador común, el de su sexo y su función. Una dualidad que no es ontológica, sino histórica y que, por lo tanto, va variando en la forma de asumirse, según el tiempo y las circunstancias. En relación con el primero, los estudios sobre género y la historia de las mujeres, se han venido ocupando de ellas, con cierta insistencia, venciendo una resistencia inicial debido a su condición privilegiada. Se trataba de mujeres con nombre propio, poco comunes por su educación, entorno e influencia, lo que permitía rescatarlas de unas fuentes que, a priori, se consideraban poco permeables a las huellas femeninas. Pero lo paradójico fue que, a la vez, fueron precisamente estos elementos los que hicieron más evidente la contradicción de que estuvieran sujetas, como el resto de sus congéneres, a los condicionamientos biológicos, familiares e ideológicos, propios de su época. De la mano de algunos de estos trabajos, no pocas figuras reconocidas, muchas veces desenfocadas por una interesada excepcionalidad, positiva o negativa, se fueron convirtiendo en personajes más complejos, que lograban sobreponerse a los estereotipos con que se les caracterizaban. A su lado, otras, olvidadas o consideradas como secundarias, que habían vivido, al menos aparentemente, en el centro pero al margen del poder, fueron cobrando un nuevo valor, en la medida en que su discreción, que no era medianía, suponía una forma de preservar su propio espacio y de poder desarrollar inclinaciones más personales. Hoy, cuando leemos sus correspondencias, de las que tantos ejem-

plos se citan en los volúmenes de esta colección, no deja de llamarnos la atención el contraste entre las cartas pautadas que pasan por muchas manos y la espontaneidad de aquellas otras que se saben al abrigo de lecturas indiscretas. Que no pocas de sus autoras merecían un protagonismo mayor que el que se les ha venido concediendo, lo confirma el estudio que sobre Catalina de Austria, la hermana de Carlos V, hace en el volumen X de esta colección Annemarie Jordan. La *Reina coleccionista*, como lo titula, era una mujer culta, verdadera mecenas y artífice de la unión dinástica entre las casas de Avis y Habsburgo, que fue clave, como el resto de sus hermanas, en la red política que el emperador tejió con las mujeres de su familia. Pero que también consiguió negociar para sí misma una posición en la corte, administrando y gobernando su casa primero, y trasladando, después, esta autoridad a la vida política cuando fue gobernadora en vida de su marido y regente a su muerte en 1557. Sujeta a dos fidelidades, su habilidad consistió, en compaginarlas, no dudando en recordar a su hermano su condición de reina portuguesa. Mujer del Renacimiento, en la medida en que reflexionó, leyó, escribió y compartió no pocos de sus valores, su vida permite dar un vuelco a la célebre pregunta de Joan Kelly, sobre si las mujeres tuvieron Renacimiento, en el sentido de reformularla con vistas a conocer mejor cuál fue no solo su implicación, sino su aportación al mismo.

Porque no nos engañemos. Bajo la extensa bibliografía sobrevenida y junto a estudios renovadores, sigue habiendo otros que, en su afán por normalizar la figura de la reina, prescinden, o apenas desarrollan, su dimensión como mujeres, sin que la discriminación sucesoria, la ruptura de la infancia por un matrimonio temprano, las relaciones con el esposo, a veces ceremoniosas y otras violentas, los embarazos y la muerte de los hijos, o la desconfianza que presidió tantas veces las relaciones con su entorno, ocupen más de media página. ¿Carencia de fuentes o ceguera de quienes historian una vida sin saber leer entre las líneas de los papeles que tienen entre las manos? ¿Pudor sobrevenido que impide poner nombre a la suerte de unas niñas entregadas al matrimonio, de mujeres enfermas siempre embarazadas, de desaires, cuando no violencia, en las relaciones familiares? Por el contrario, en otros casos, una visión estereotipada de su papel de esposas y madres, a la sombra de ese equívoco concepto de reina doméstica, tan mal entendido y frecuentemente descontextualizado, deja en sombras la otra mitad de su personalidad, el de su papel de intermediaria, cuando no su protagonismo activo en los conflictos internos y externos del reino.

No es fácil separar, desde luego, la mujer y la reina, ni siquiera creo que pueda hacerse del todo. Pero lo que verdaderamente perturba no es esta indiferenciación, que forma parte de su propia personalidad, sino el reducir el personaje a su imagen, sin integrarlo en la de las monarquías de las que, indefectiblemente, formaban parte, ni contrastarla con los avatares de un destino personal que, en no pocas ocasiones, escapaba de sus manos. No sé si las coordinadoras de la colección, antes de diseñarla, han reflexionado sobre estas y otras cosas. Me atrevo a firmar que sí, siendo como son investigadoras con experiencia en el tema y autoras que han participado también en algunos volúmenes, concretamente Isabel dos Guimarães Sá en el de las *Rainhas consortes de D. Manuel I* y el dedicado a *Leonor de Lencastre* (vols. VIII y IX); Ana Maria Seabra de Almeida Rodrigues, en el relativo a *Leonor de Aragão e Isabel de Coimbra* (vol. 7), y Manuela Santos Silva, en el de la reina inglesa *Filipa de Len-*

castre (vol. 6). Sus cuidados estudios son una prueba más de su compromiso con una empresa en la que es de destacar lo cuidado de las colaboraciones y los excelentes anexos, en forma de apéndices documentales, cronologías, genealogías, fuentes, bibliografía y, desde luego, índices, que acompañan a cada volumen. Si la proporción entre los autores, de los cuales dos terceras partes son historiadoras, refleja el propósito de reunir a buena parte de quienes han trabajado sobre el tema, resulta evidente que no estamos ante una obra de compromiso, sino ante un proyecto riguroso, en el que la perspectiva crítica no impide una lectura amena.

Pero hay otra cuestión que también me gustaría destacar y es que existe el propósito de no limitarse a ofrecer al público distintas monografías sobre la peripecia vital de las consortes reales portuguesas, sino que, al ajustarse la mayoría de ellas a un esquema similar, procurando que determinadas cuestiones estén siempre presentes, se busca una lectura trasversal del conjunto, de manera que el interés desigual que puedan suscitar cada una de las figuras que lo componen, se vea favorecido por su inserción en una serie que permite apreciar no solo las variaciones personales, sino los cambios que en la forma de encarnar y representar la función regia se van produciendo. Una función y un papel, en ocasiones, naturalizado desde la infancia, tal y como queda explícito en las páginas dedicadas a los años formativos, previos a su condición real. Princesas antes que reinas, hijas hasta convertirse en esposas, naturales y extranjeras tanto en su país de nacimiento como en aquel en el que reinan, los testimonios de algunas, permiten entender los silencios que acompañan las trayectorias de otras.

Mujeres cultas, de exquisito gusto, generosas y, también, ambiciosas. Capaces de tomar las riendas del gobierno y conformar su propia clientela. Es decir, plenamente integradas no solo en el mundo de la realeza, sino de la cultura política de su tiempo, que no puede ser entendida sin tenerlas en cuenta. Hace ya muchos años que Sarah Hanley puso en evidencia la estrecha relación entre la afirmación del estado y el reforzamiento de la familia, a través de la alianza tácita entre la monarquía y los juristas a la hora de controlar la reproducción del linaje y la trasmisión del patrimonio. Con posterioridad, Fanny Cosandey ha desarrollado esta tesis, pero poniendo el acento en la propia monarquía. Aunque su modelo es el absolutismo francés, el reforzamiento dinástico es un proceso general que, en todas partes, se lleva a cabo de forma similar, mediante la mayor precisión de las reglas sucesorias que hacen la corona indisponible y el dominio real inalterable. Un proceso en el que los asuntos de estado se convierten en asuntos de familia, al considerarse la regia familia y sus intereses desde una perspectiva política a escala nacional e internacional. Desde esta interpretación, las regencias, por ausencia, incapacidad o minoría, que tanto proliferan en la Edad Moderna, no son una anomalía, sino la prolongación de un mecanismo dinástico que utiliza engranajes masculinos y femeninos según convenga. ¿Afirmación exagerada? No pocas biografías de las que en esta colección se detallan confirman que este usufructo temporal del poder forma parte del propio sistema y, en más de un sentido, lo respalda. Esto puede comprobarse en el caso doña Luisa de Guzmán, una mujer notable, que bien merece el calificativo de reina restauradora que encabeza el estudio de Monique Vallance (vol. XII). Tercera hija del 8º duque de Medinasidonia y nieta del duque de Lerma, pese a la profecía que auguraba su matrimonio con Felipe IV, no nació para reinar. En Sanlúcar de Barrameda, transcurrió su infancia hasta que, intere-

ses de estado más que de familia, concertaron su casamiento con D. Juan de Braganza en 1631. Un nuevo fiasco para el conde-duque que no tardó en comprender que no era en calidad de duquesa como se trasladaba de Villaviciosa a Lisboa. La reorganización de su casa fue una doble declaración de independencia, frente al rey español y frente a la nobleza lusitana, ya que los bienes con que estaba dotada aseguraban su patrimonio, ya que, en su caso de viudedad, no podía volver a España. Figura clave a la hora de mantener la estabilidad dinástica portuguesa inicial, su papel ha sido apenas considerado por los historiadores hasta fechas muy recientes. Quizás, como señala la autora de su biografía, porque sobre ella pesó demasiado la sombra de los hombres con los que compartió su vida, su marido, D. Juan IV y su hijo, Alfonso VI. En 1640, un año decisivo, tanto en su vida como en la historia de Portugal, ya había tenido 6 hijos y aún tuvo otros dos entre 1643 y 1648, pero solo tres llegaron a adultos. Ejerció de gobernadora siempre que el rey salió de la capital y, tras su muerte, fue regente de su hijo entre 1656 y 1662, en que este asumió el poder. Momentos decisivos en los que la guerra y la diplomacia estuvieron en sus manos, especialmente la gestación de la alianza luso-inglesa, que le costó separarse de su hija, Catalina. Las cartas cruzadas entre ambas, escritas en castellano, son el mejor reflejo, de una dualidad asumida por una mujer que se despide como “tu madre que mucho te ama” y una regente que firma sin que le tiemble el pulso, la “Reina”.

Más que la vida de la primera reina Braganza, la de sus sucesoras en el trono estuvo condicionada por un discurso, ampliamente extendido, que se fundamentaba en el reparto de responsabilidades entre los sexos. Asumido por ellas mismas que intentaron hacerlo compatible con su posición y, también, por buena parte de la historiografía. Ese fue el caso de su nuera, María Francisca Isabel de Saboya, que, tras un breve matrimonio con Alfonso VI, que fue anulado, casó con su hermano el futuro Pedro II. Sobre su papel en el juego político internacional, la autora de su biografía, Isabel Drumond Braga (vol. XIII), da muchas pruebas de la habilidad de la que algunos llamaron “válida”. Sin embargo, su actuación, durante el reinado de su segundo esposo, tendió cada vez más a manifestarse en campos específicos, como la concesión de mercedes o la mediación, tanto en asuntos familiares como en cuestiones eclesiásticas, que se consideraban propios de las atribuciones de las consortes regias y más acordes con sus inclinaciones. Que también hiciera gestiones para a lograr un matrimonio adecuado para su hija, heredera del trono portugués, era legítimo, aunque su muerte y la rápida descendencia de su sucesora, las dejaron en suspenso. Esta fue, María Sofía Isabel de Neoburgo, madre de siete hijos, que cumplió sobradamente con el objetivo de dar continuidad a la casa de Braganza. Se centró en sus funciones de madre y esposa, pese no tener una vida matrimonial fácil, pero sin cejar por ello en lo que siempre fue su prioridad, como subraya Paulo Drumond Braga (vol. XIII), la alianza entre Portugal y el Sacro Imperio Romano Germánico y la protección a su familia de origen, en la línea de lo que hicieron sus hermanas, Leonor, tercera esposa del emperador Leopoldo I, Mariana de Neoburgo, segunda esposa de Carlos II de España, y Dorotea Sofía, duquesa de Parma por su matrimonio con Eduardo II y madre de Isabel Farnesio. Una verdadera saga de mujeres, quizás ambiciosas, como las califica la historiografía, pero también imprescindibles para conocer el juego de fuerzas de la Europa de su tiempo. Es posible, como dice el autor, que la guerra de

sucesión española fuera su triunfo póstumo pero, en cualquier caso, su reinado constituye también una buena prueba de que la frontera que distingue lo doméstico de lo político, al filo del siglo XVIII, se mantenía imprecisa.

Que las relaciones familiares entre personajes regios no eran mejores que las del resto, pero sí más complejas, es fácil de deducir leyendo estas biografías. Más allá de las rencillas entre los esposos, las relaciones entre suegras y nueras, cuñadas y cuñados, en muchas ocasiones, estuvieron teñidas por la desconfianza. Unas veces por rivalidad, como fue el caso de Carlota Joaquina con José Francisco y María Francisca de Braganza, príncipes de Beira. Otras por disparidad de caracteres y edades, como ocurrió en las relaciones no siempre fáciles de María Ana de Austria con su nuera Mariana Victoria de Borbón. Que la infanta envidiara la relación de su madre con sus nueras Bárbara y Luisa Isabel pudiera deberse al amor filial, pero desde luego Isabel no las agobiaba con su piedad, ni interfería en su vestuario. Asuntos menores, que debieron conformar esa paciencia que distinguió su carácter y esas alternativas devocionales que sorprendían a sus contemporáneos. Por su parte, la reina archiduquesa, hija de Leopoldo I, esposa de Juan V y madre de tres reyes, José I, Bárbara de Braganza y Pedro III, se comportó siempre como una gran matriarca, al modo que también lo fueron Isabel Farnesio y la emperatriz María Teresa. Su acrisolada piedad estuvo a punto de llevarla a los altares, pero como señalan los estudiosos de su figura, Susana Münch Miranda y Tiago C.P. dos Reis Miranda (vol. XIV), más allá de sus desvelos maternos, fue la reina que logró garantizar, a través de la alianza con el Imperio, la integridad del conjunto de los dominios portugueses y logró restablecer en la península ibérica la conexión entre sus dos linajes regios. Es verdad que a su muerte buena parte de su andamiaje diplomático se vino abajo, por el cambio de alianzas de 1756 y los conflictos hispano-portugueses, pero en el plano dinástico los matrimonios españoles de 1788 y la Paz de 1815 restauraron, mediante el matrimonio entre D. Pedro de Alcántara y María Leopoldina de Habsburgo, la primera emperatriz del imperio brasileño, estudiada por María Lourdes de Viana Lyra (vol. XVI), buena parte de su sistema. Al cual, tampoco fueron ajenas las dobles bodas de Fernando VII y Carlos María Isidro de Borbón con María Isabel y María Francisca de Braganza celebradas al año siguiente.

He dejado para el final, pero no por considerarlo de menor importancia, los volúmenes que esta colección dedica a las reinas españolas. En primer a las dos hijas de la reina Católica, Isabel y María de Aragón, de breve reinado la primera, que fue dos veces princesa de Asturias y pudo haber reunido en su hijo las tres coronas peninsulares. Tras su breve unión con D. Alfonso, casó con D. Manuel I, ya rey de Portugal, y murió poco más de un año después de parto. Su hermana, la infanta María, cuarta hija de los reyes católicos, la sustituyó como segunda esposa de D. Manuel. La biografía de Isabel dos Guimarães Sá (vol. IX) da muchos pormenores de su trayectoria, de su extensa descendencia y de su papel dinástico como madre de dos monarcas portugueses, Juan III y Enrique I, de la emperatriz Isabel y de Eduardo, duque consorte de Braganza bisabuelo de Juan IV. Las dos infantas, como sus hermanas Catalina y Juana, fueron princesas renacentistas, no solo por su educación, sino por su condición de piezas del juego de intereses de un padre que encarnaba el modelo del príncipe nuevo.

El volumen XI de la colección está dedicado a quienes fueron reinas conjuntamente de Portugal y de España, Margarita de Austria e Isabel de Borbón. Tres historiadoras españolas, cumplen con este cometido, Pilar Pérez Cantó y Esperanza Mó Romero, en el primer caso y Laura Oliván Santalieu en el segundo. La personalidad y el protagonismo político de quien fue esposa de Felipe III aparece desarrollado al hilo de la historia española, hasta su muerte, como consecuencia del último parto, en 1611. El papel de la reina y de sus aliadas la emperatriz María y su hija Sor Margarita de la Cruz, cabezas de la red austriaca femenina que gesta en torno al Convento de las Descalzas, estudiada por Magdalena Sánchez, aquí está enriquecida por aportaciones posteriores en la línea con lo ya expresado por el cronista Matías de Novoa, y como contrapeso a la influencia del duque de Lerma. Una oposición que va más allá del juego de partidos y clientelas, ya que el valido interfiere, a través de su captación de la amistad regia, un ámbito de confianza hasta entonces reservado a la reina.

La figura de Isabel de Borbón que presenta Laura Oliván resulta bastante renovadora. Tanto por la cuidadosa reconstrucción, sobre bibliografía y fuentes de época, de sus primeros años en Francia como por ese paralelismo entre su educación y la del delfín, y la estrecha relación entre los hermanos en estos años, que nos habla de una infancia bastante distendida, que empezará a cambiar a partir de su matrimonio. La continuidad en la correspondencia con su madre, María de Médicis, su posible influencia y las fluctuaciones en sus relaciones, son otros datos de interés. Isabel se va transformando de aparecer como una princesa alegre, que pinta, canta y gusta de la música y las fiestas, en los inicios de su reinado, en una gobernante responsable que busca ganarse la confianza de su esposo. En el camino padece intrigas, falsas acusaciones, partos fallidos y presencia el imparable ascenso de un valido, Olivares, cuya presencia, a través de su esposa, llega hasta su cámara. Vive tiempos inciertos, otros más tranquilizadores y finalmente el primer enfrentamiento con Francia, la guerra de Mantua, que coincide con el nacimiento de un heredero, el príncipe Baltasar Carlos. Una reina francesa en medio de una larga y costosa guerra con su reino de origen, a partir de 1635, no podía por menos de suscitar desconfianza respecto a su persona. Y, sin embargo, fue entonces cuando empezó a ser identificada por sus súbditos con la defensa de los intereses españoles y señalada como su portavoz en la lucha contra el favoritismo. Una reina hábil en la construcción de su imagen, que contó con apoyos, pero también capaz de llevar las riendas del gobierno, brevemente en 1626 y más tiempo en un momento más comprometido, en 1642. La autora desecha la idea de que participara abiertamente en una conspiración femenina contra Olivares, pero también señala que el prestigio que fue adquiriendo resultó decisivo para que el rey prescindiera finalmente de él y la nombrara de nuevo regente. También fue “válida”, a su modo, ya que la marcha de la guerra y el despacho de los asuntos de gobierno ocuparon sus días hasta su muerte en octubre de 1644. Entonces había cumplido su mayor empeño, disipar las sospechas que provocaba su origen y ser celebrada como una buena gobernante. ¿Una reina cortesana? ¿Una reina política? Una vida truncada, como tantas, cuando empezaba a ver cumplidas sus expectativas.

Españolas fueron, aunque solo infantas, dos reinas portuguesas que vivieron muchos años, Mariana Victoria y Carlota Joaquina de Borbón, muy distintas en personalidad y circunstancias. A la primera, le conviene muy bien el apelativo de *discreta*

que le da su biógrafo, Paulo Drumond Braga (vol. XV). Más allá de las relaciones con su suegra, las que mantuvo con su madre, que fueron epistolares, resultan especialmente interesantes, por su continuidad y las dificultades que debió sortear cuando se rompieron las relaciones entre ambos países. Contención y afecto que también están presentes en las que cruza con el resto de sus hermanos y hermanas y, muy especialmente, con Carlos III, el que mejor conoce. Su apego a su familia de origen llama la atención, dado los pocos años de convivencia con sus padres y que cuando se marchó a Portugal sus hermanos más jóvenes o eran muy niños o ni siquiera habían nacido. Mariana Victoria que fue una reina piadosa, también era una mujer culta que gustaba de la lectura y, como era habitual en las infantas españolas, gustaba montar a caballo. Participó en todos los acontecimientos cortesanos del reinado de su marido, José I, gobernó su casa y administró su patrimonio y sus rentas, secundando en todo a su esposo menos en la confianza a Pombal, por quien sentía una fuerte antipatía. Vivió dos acontecimientos que la conmovieron, el terremoto de Lisboa y el atentado contra la vida del rey en 1758, como consecuencia del cual, le fue confiado el gobierno provisional. Volvió a tenerlo entre 1776 y 1777, pero, parece, que nunca tuvo demasiada afición por los asuntos políticos, más allá de concertar el matrimonio de sus hijos y de intervenir en las relaciones con Roma. Sin embargo, supo defender los derechos de su hija al trono con decisión. Ya viuda, viajó a Madrid en 1777-1778, para reencontrarse con su hermano, lo que fue una de las grandes alegrías de su vida. Fue un modelo de reina mucho más cercano al de su suegra que al de su madre o su cuñada Bárbara de Braganza. ¿Un paso más en la transformación de la reina cortesana a favor de otra más volcada en los asuntos domésticos? En apariencia así lo parece, como también fue ese el caso de su cuñada María Amalia de Sajonia.

La infanta española Carlota Joaquina es la última de las reinas españolas en Portugal y, quizás, la más polémica de todas. Hoy parece que su leyenda negra ya se ha superado, pero sin embargo su figura sigue siendo compleja. Princesa culta, esposa díscola, reina comprometida en conspiraciones e intrigas, lo que parece indiscutible es que fue una mujer con verdadera vocación política, que maniobró hábilmente en la península y en el continente americano y que nunca se conformó con su condición de consorte, convencida como estaba de que su valía y, también, su linaje le hacían cuando menos similar a su marido. Antonio Ventura (vol. XI), sigue su agitada biografía de Madrid a Portugal, de Portugal a Brasil, y de nuevo a Lisboa en 1821 con precisión. Su paso de reina conspiradora a reina contrarrevolucionaria, apoyando la candidatura de su hijo Miguel al trono, en detrimento de su nieta doña María, como el autor reconoce presenta no pocas incógnitas. En cualquier caso, una reina cuya mala fama circuló por todas las cortes europeas, hasta el punto de que su nuera Leopoldina de Habsburgo, con la que coincidió apenas tres años entre 1817 y 1820, antes de conocerla, venía bien aleccionada sobre su carácter extravagante e intrigante de la que iba a ser su suegra, obtuvo un reconocimiento, efímero, pero sin duda satisfactorio.

A pesar de intentar desgranar en lo posible los contenidos de una obra doblemente colectiva, por la nómina de los personajes tratados y los numerosos autores comprometidos en ello, me ha parecido importante destacar ante quien leyere estas páginas la coherencia del conjunto. Porque, siendo diversas las fuentes, las perspectivas y la originalidad de los estudios, como no puede ser menos en una obra en varios volúmenes,

se ha logrado, si no construir, al menos aportar, un valioso material para escribir una biografía colectiva de mujeres, unidas por el oficio de reinar. Por las características de la obra y en función de la precisión, se ha prescindido de cuestiones metodológicas y debates historiográficos, que en general entorpecen la lectura, lo cual me parece un acierto y una forma de estimular el propio juicio de los lectores. Se han buscado, en lo posible, los testimonios personales, pero también se ha logrado establecer una verdadera cadena ente lo individual y lo social, el sujeto y su tiempo, buscando alternativas a unas voces del pasado que no siempre llegan con la claridad que le gustaría a a quien hace historia.

Y, aún hay más, porque sobre la base de estos relatos es posible determinar cuál fue la evolución del oficio de reina en Portugal entre el siglo XV y el siglo XIX. Un proceso paralelo al que se produce en otras monarquías y, como en estas, condicionado no solo por las leyes sucesorias y los textos jurídicos, sino por la forma en que cada una de ellas ejerció el cargo. Ni lunas, ni estrellas, ni solo esposas y madres, ni solo mujeres políticas, sino personajes complejos en su dualidad, pero imprescindibles en unas monarquías cuyo futuro que dependía de su fecundidad y su presente necesitaba de su participación para paliar los muchos tipos de vacíos de poder.

M. Victoria LÓPEZ-CORDÓN CORTEZO
Universidad Complutense de Madrid